



El auge de las corporaciones mafiosas

The booming of the mafiosi corporations

■ Lola Galán*

Resumen

El crimen organizado no es un fenómeno nuevo. La *yakuza* japonesa y las tríadas chinas tienen siglos de antigüedad y son cada vez más poderosas. Las más modernas mafias italianas o rusas, y los carteles de la droga en América Latina, demuestran la evolución de unas organizaciones que funcionan cada vez más como grandes corporaciones delictivas.

Palabras clave

Mafia. Yakuza. Tríadas. Carteles latinoamericanos. Lavado de dinero.

Abstract

Organized crime is not a new phenomenon. The Japanese *yakuza* and the Chinese triads have existed for centuries and are becoming stronger. The more modern Italian and Russian mafias, as well as the drug cartels in Latin America, show the evolution of organizations that are increasingly operating as large criminal corporations.

Key words

Mafia. Yakuza. Triads. Latin American drug cartels. Money-laundering.

■ Si uno abre un periódico o se sienta a ver un informativo de televisión, las posibilidades de que lea o escuche la palabra mafia, grupo mafioso, red

* La autora es periodista del diario *El País*, del que ha sido corresponsal en Londres y en Roma.

mafiosa o crimen organizado, son elevadas. Puede ser en relación a un caso de corrupción inmobiliaria, de tráfico de inmigrantes, de blanqueo de dinero o de redes de prostitución. Pero lo cierto es que son términos que han entrado de lleno en nuestro vocabulario de todos los días. Nadie ignora que existe un entramado poderoso en la sombra que vive de comerciar con lo prohibido. La codicia humana y la tentación de acceder a lo prohibido, unen fuerzas para hacer posible el mundo de la delincuencia. Las drogas, un producto de alto consumo, aunque sea ilegal; las armas, una mercancía sujeta a controles, pero muy valiosa en países inestables donde se suceden las asonadas y las revueltas; los inmigrantes, reclamados por las economías desarrolladas, pero sometidos a estrictos controles administrativos y policiales, son algunos de los muchos productos que se intercambian en ese submundo, paralelo al legal, en el que operan las que podríamos llamar corporaciones mafiosas.

Son entidades de «negocio», grandes empresas a su estilo, con una cúpula, unos cargos medios, unos empleados. Y evolucionan continuamente. Siguen gestionando negocios de la noche como el juego o la prostitución. Pero controlan también esferas de actividad más «modernas», como el negocio inmobiliario, las energías renovables, o el tráfico de animales protegidos. Recordemos que, sólo en Sicilia, la policía italiana confiscó el año pasado bienes por valor de 1.500 millones de euros. No eran sólo pisos o joyas, sino hasta 43 empresas de energía renovable, todas a nombre de Vito Nicastrì, un empresario de 54 años ligado a Mateo Messina Denaro, actual capo de la Mafia siciliana, en paradero desconocido.

La mafia, como una marea poderosa, entra en todos los ambientes. Pero, aun así, los pilares de este imperio mafioso siguen siendo los tráficó de drogas, armas y personas, sea para su explotación laboral o sexual. Un comercio que generan tales beneficios que a menudo puede llegar a desestabilizar la economía de un país. ¿No desestabilizó Colombia el negocio de la cocaína? ¿Y no está ocurriendo otro tanto con el dinero gestionado por los carteles mexicanos?

Palabras como blanqueo de capitales, cobro de comisiones ilegales, dinero «negro», están asociadas a este tráfico que sobrevive gracias a las posibilidades de dotarse de un terreno de seguridad a su alrededor, un terreno corrompido que se amplía a medida que policías, aduaneros, y otras fuerzas de seguridad de las sociedades legales se dejan seducir por un poco de dinero. Acosadas teóricamente por la policía, las mafias consiguen arraigar en sociedades fracturadas por crisis políticas y sociales, o en situación de gran pobreza.

El crimen organizado ha interesado siempre al cine y a la literatura, pero más como un fenómeno extremo y, por tanto, fotogénico, que como una realidad inquietante. *Crimen.org*, escrito por Luis de la Corte Ibáñez y Andrea Giménez-Salinas Framis, profesores de la Universidad de Castilla-La Mancha, y publicado por Ariel (2010), aborda, en cambio, el entramado sobre el que se crean las distintas mafias. En este libro, los autores empiezan por el principio, es decir, explicando lo que es y cómo se percibe lo que hoy llamamos crimen organizado. Si uno quiere saber hasta qué punto vive en un país atrapado en las redes mafiosas, debe preguntarse, por ejemplo, cuántos homicidios

sin resolver se registran al año; hasta qué punto hay corrupción en los negocios y en la vida política; qué niveles alcanza el blanqueo de capitales y cuál es la importancia de la economía sumergida. Datos que aportan las encuestas anuales del World Economic Forum y las evaluaciones del riesgo de inversión del Merchant International Group, además de estudios del Instituto del Banco Mundial y otras estadísticas oficiales.

Con ese índice compuesto, se observa que los países con mayor criminalidad organizada son los más pobres, o los que han sufrido un caos político de grandes proporciones, por ejemplo las repúblicas de la antigua URSS y otros países de la Europa del Este, sujetos de una u otra forma a su influencia, como Rumanía, Bulgaria, o los países bálticos, pero también Albania. Aunque no se cite en este libro porque ni siquiera funciona aún como país independiente, Kósovo (reconocido como tal por 76 países, pero no por España), merece un puesto especial en esta lista ya que su Gobierno, según diversos informes de los servicios de inteligencia de EEUU, Reino Unido, Italia y Alemania, recogidos en una reciente investigación del Consejo de Europa, estaría dirigido por una banda de delincuentes que comenzaron a actuar durante la guerra de la ex Yugoslavia. Incluso, están acusados de haber traficado con los órganos humanos extraídos de prisioneros serbios, vendidos luego al mejor postor en el extranjero.

Pero las corporaciones mafiosas necesitan, como los tumores malignos, una amplia red de «vasos sanguíneos», circuitos de alimentación paralelos que les nutren y ayudan a eliminar los productos de deshecho que crean necesariamente en su funcionamiento. El dinero que generan los tráfico de drogas, de armas, de personas, o de órganos para trasplantes, por citar solo los más importantes, necesita ser reciclado, «limpiado» antes de salir a la superficie y poder ser utilizado en el mundo. Para eso están los llamados «paraísos fiscales», por donde pasa más de la mitad del dinero que genera en el comercio mundial y donde se ha ido asentando una auténtica mafia dedicada al lavado de dinero que se ha convertido en un pilar del sistema financiero mundial. Pero si este es el escalón más complejo y sofisticado de estas organizaciones criminales, hoy a la orden del día, es obligado repasar sus orígenes, para entender el fenómeno y su extraordinario desarrollo.

El nacimiento de la mafia

El dudoso privilegio de haber acuñado la palabra Mafia, corresponde a Italia. Los «*maffiosi*» (guapos, chulos, tipos echados para adelante y peligrosos) es un término que empieza a usarse en Sicilia en el siglo XIX para definir a una clase de sujetos, mitad delincuentes mitad empleados del patrón de turno. No olvidemos que Italia se constituye tarde como país ya que hasta 1860 no se llevó a cabo su unificación, dirigida por el héroe nacional Giuseppe Garibaldi, en realidad un hombre que colocó bajo el poder de la monarquía piemontesa a todo el país. A su vez, los Estados Pontificios no desaparecen hasta 1870 y Sicilia, gobernada por los Borbones hasta ese momento, quedaba muy lejos de Roma y mucho más lejos del nuevo poder piemontés. Y a falta de Estado, de

instituciones sólidas que protegieran al débil en el nuevo y complejo juego de fuerzas, aparece el «padrino», en realidad un término bastante religioso.

Sobre esas premisas se constituye la Mafia por antonomasia, la Cosa Nostra. Surge en las zonas rurales, cuando empieza a desmontarse el poder de los terratenientes y se reparten las tierras, que quedan en manos de sus administradores. En ausencia de un Estado fuerte, esta gente asume un poder paralelo al de las autoridades oficiales. Intimidan y presionan, cobran «pizzos» (una especie de «mordida»), pero también protegen a la gente que tiene algo que perder y se siente amenazada por los forajidos que se han echado al monte, muchas veces por pura necesidad de supervivencia, en esta fase de caos social. Del «padrone», omnipotente y protector, se pasa al «padrone» como jefe de todo un ejército mafioso, la familia, la «cosca» con sus «soldati» que se encargan de cobrar y amedrentar si es necesario a la familia vecina.

La llegada al poder de Benito Mussolini, a principio de los años veinte del siglo XX, da al traste con todo esto. El «Duce» les hace la vida imposible y los mafiosos huyen en masa a EEUU donde crearán la poderosa mafia italo-americana, en excelentes relaciones con los parientes sicilianos. En EEUU, el país poderoso al que llegan millones de emigrantes, los sicilianos comenzarán enseguida a controlar los trabajos ilícitos.

Durante la II Guerra Mundial, la mafia apoya a los aliados que desembarcan en Sicilia. De ahí surgirá un nuevo poder político, con raíces mafiosas que irá creciendo progresivamente. Al principio, la primera fuente de ingresos mafiosa es el contrabando. El mítico capo de Corleone, Michele Navarra, médico y director del hospital de ese próspero pueblo siciliano, se enriquece con la venta de ternera adquirida ilegalmente. Otro negocio es el de la protección. Comercios de todo tipo se ven obligados a pagar para evitar ser atacados por los «maffiusi». En Palermo, la Cosa Nostra empieza a controlar también el negocio inmobiliario. La construcción se perfila ya como una fuente ingente de ingresos y con un extraordinario poder de corrupción; pero también la prostitución o el contrabando de tabaco en las distintas zonas de la isla.

El salto enorme lo dará la mafia al sustituir el tabaco por las drogas. En los años sesenta y setenta (al margen de la primera gran guerra mafiosa, que enfrentará a Navarra con su lugarteniente Luciano Liggio) los puertos de Sicilia pasan a ser clave en el negocio de la exportación de heroína, que llega hasta la isla y se refina en laboratorios sicilianos. Una heroína que sale por mar a EEUU, principalmente, y a Europa.

Mafiosos y políticos

La guerra entre las familias de Palermo y las de Corleone (un pueblo situado no lejos de la capital siciliana), terminará con el triunfo de los corleoneses, gracias a Totó Riina, lugarteniente de Liggio, que acabará por someter con su estilo sanguinario a las distintas familias de la isla. La Mafia, aliada de la Democracia Cristiana, el principal partido italiano de la posguerra, es todopoderosa en la isla. Pero, algo sucede en los años noventa que pone el sistema entero patas arriba. El grado de corrupción de la

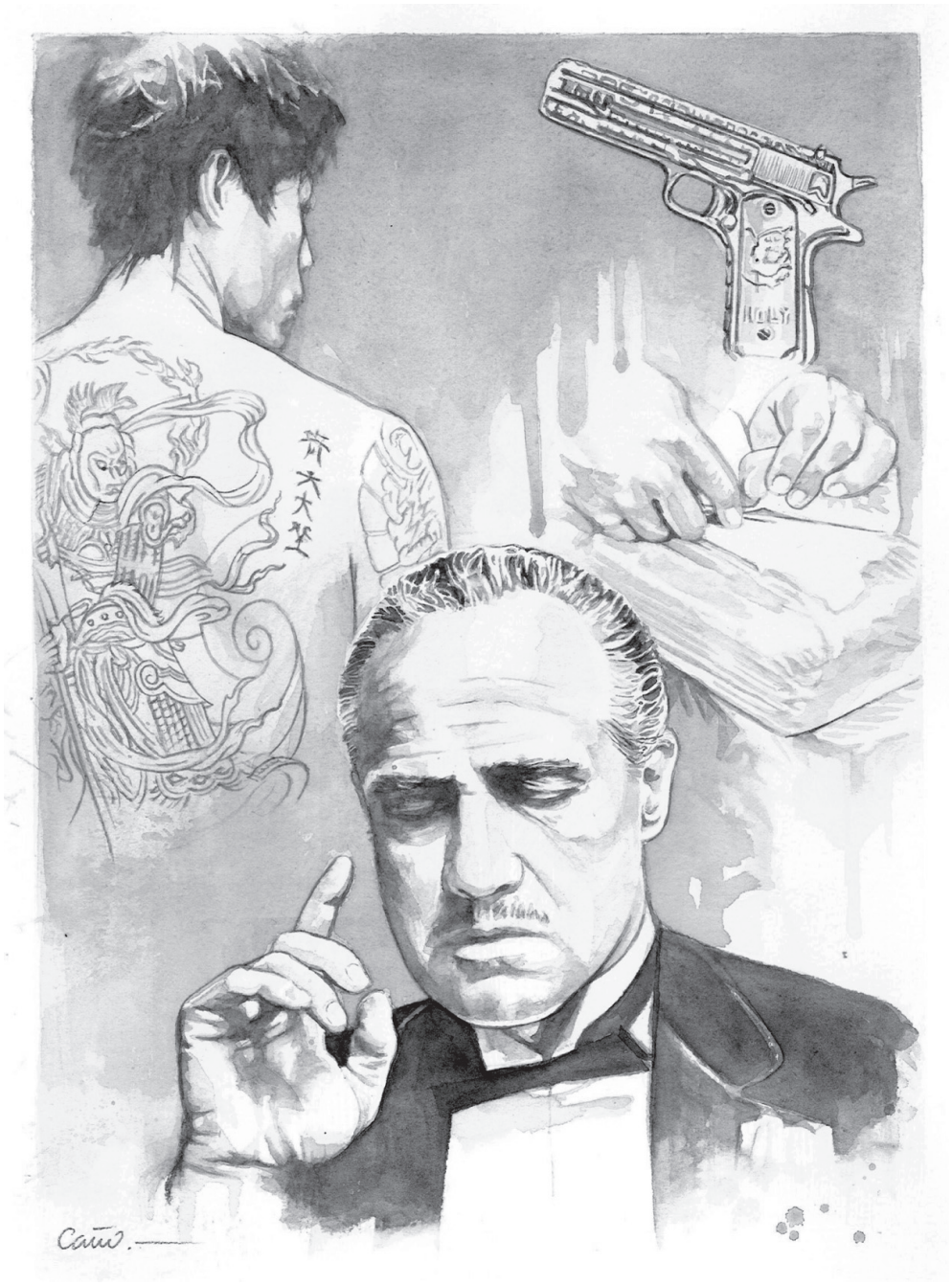


Ilustración de ©Ángel Caño.

política italiana toca techo en esos momentos. El movimiento de jueces *mani puliti* (manos limpias) lleva a cabo una operación gigantesca de detención y denuncia de empresarios y políticos, ligados en un mismo escándalo: *tangentopoli*, es decir la ciudad de las *tangenti*, las comisiones ilegales. La ciudad en cuestión puede ser Milán, centro neurálgico de las finanzas italianas, pero la onda llega a todo el norte y a Roma, y a las ciudades napolitanas y sicilianas.

Los dos grandes partidos del momento, los que acaparan influencia y poder, el Partido Socialista de Bettino Craxi y la Democracia Cristiana de toda la vida, la de Giulio Andreotti y Francesco Cossiga, se derrumban por el impacto de esta gigantesca ola de limpieza que sacude los cimientos de la política italiana. La Mafia, que se ha relacionado sin problemas con ambas fuerzas, se lanza a una serie de arriesgados golpes terroristas. Los asesinatos de los jueces Giovanni Falcone y, muy poco después, Paolo Borsellino, ambos en Palermo, acabarán con el poder de Riina que será encarcelado y sustituido al frente de Cosa Nostra por Bernardo Provenzano, una especie de fantasma que en 2006 también caerá en manos de la policía después de más de cuatro décadas de vida clandestina.

En cierto sentido, la detención de Provenzano marca el final de una era: la de la primacía mundial de la mafia siciliana, aupada por sus conexiones con la mafia italo-americana. Toma el relevo otro poder, tan antiguo como Cosa Nostra, el de la Camorra, la mafia napolitana que se hace con las riendas de los negocios sucios. Del mismo modo que la era de supremacía de los carteles colombianos concluye no mucho después del asesinato del narcotraficante Pablo Escobar, en diciembre de 1993, y es sustituida por la sangrienta dominación de los traficantes mexicanos.

En el caso italiano, ni siquiera hay que salir del país para encontrar una alternativa al poder de la Cosa Nostra, porque la variedad de organizaciones delictivas es extraordinaria. Cosa Nostra en Sicilia, Camorra en Nápoles, Ndrangheta (palabra que procede, al parecer, del griego *andraghatos*, que significa hombre valiente) en Calabria, en la punta de la «bota» italiana, una región pobre, superpoblada, que formó parte de la Grecia clásica, y la Sacra Corona Unita, una mafia mucho más moderna, originada en los años setenta y ochenta del siglo XX, asentada en la Apulia (Puglia), la región que se encuentra en el tacón de la «bota» italiana. Cada una a su estilo, son un punto de referencia para todas las corporaciones mafiosas del mundo. De hecho, según relata Francesco Forgione en su libro *Mafia Export* (Anagrama, 2010), todas han conseguido exportar su imperio, extenderse por el mundo, de tal forma que el tráfico de drogas sigue estando controlado en buena medida por estas corporaciones italianas. Aunque el poder de Cosa Nostra haya menguado, los camorristas han ocupado el espacio que han dejado libre los sicilianos. Todo queda en Italia.

El desembarco en España

Si en los años sesenta y setenta del siglo pasado, era Sicilia el lugar desde el que se

distribuía la droga a toda Europa y EEUU, con el auge del negocio de la cocaína, gestionado primero desde Colombia y hoy día sobre todo desde México, los mafiosos italianos reestructuran su imperio. Muchos se instalan directamente en Latinoamérica, pero otros prefieren controlar los flujos de droga desde España, base en Europa de los carteles americanos. Dice Forgione, calabrés que ha sido presidente de la Comisión Parlamentaria anti-Mafia italiana: «En los últimos quince años no ha habido cargamento de droga procedente de Sudamérica o de África que no haya entrado en Europa por España; y no ha habido prófugo italiano, de los que han huido fuera del país, que no haya vivido durante cierto tiempo en Madrid, Barcelona, Málaga o en una de las muchas poblaciones de la costa sur oriental española».

Y es que España se ha convertido en los últimos 25 años en país-refugio tanto para los narcotraficantes latinoamericanos, que lo usan como base para introducir aquí la cocaína que después es distribuida a toda Europa, como para los traficantes del hachís del Norte de África, que entra en el Viejo Continente desde España. A todo ello hay que sumar el interés que tiene nuestro país, especialmente las zonas turísticas del sur y del levante, para el blanqueo de dinero de las mafias internacionales, sean las que han surgido en Rusia tras el hundimiento de la URSS, o las diferentes organizaciones criminales italianas.

La España retraída y apartada del mundo de los años sesenta y setenta, donde la delincuencia organizada se limitaba al contrabando de tabaco, tanto en Galicia como en las costas andaluzas, pasa a convertirse en un imán de atracción para el crimen organizado. En Galicia, por ejemplo, el contrabando de tabaco o de productos traídos de Portugal, había creado una estructura «laboral» de considerable importancia. El contrabando dejaba buenos beneficios y en una zona de endémica pobreza representaba un futuro para los habitantes. La mafia gallega, como la siciliana, da un salto de gigante en términos delictivos, cuando en lugar de hacer contrabando de tabaco pasa a traficar con cocaína. En cierto modo, hay un claro paralelismo (aunque el volumen de negocio sea muy inferior) entre los clanes gallegos de la isla de Arousa y los clanes sicilianos de Corleone o Palermo.

Algo parecido ocurre en las costas andaluzas próximas al Estrecho de Gibraltar. Los contrabandistas de tabaco dan el salto al hachís, una droga blanda que tiene enorme aceptación en esa década.

En los últimos años, además de las mafias autóctonas, han empezado a operar los grandes entramados mafiosos internacionales que «lavan» en nuestro país (construyendo urbanizaciones, abriendo tiendas, cafeterías o locales de ocio) el dinero ganado en sus actividades criminales. Hay también otra modalidad operativa: la de las mafias españolas que actúan conjuntamente con elementos extranjeros. El tráfico de drogas y blanqueo de capitales serían las dos principales actividades de las corporaciones mafiosas en España.

¿Por qué se ha convertido España en un país tan hospitalario para el crimen organizado? Por varias razones. En primer lugar su emplazamiento geográfico estratégico entre África y Europa, y en segundo lugar por los lazos culturales e históricos que nos unen

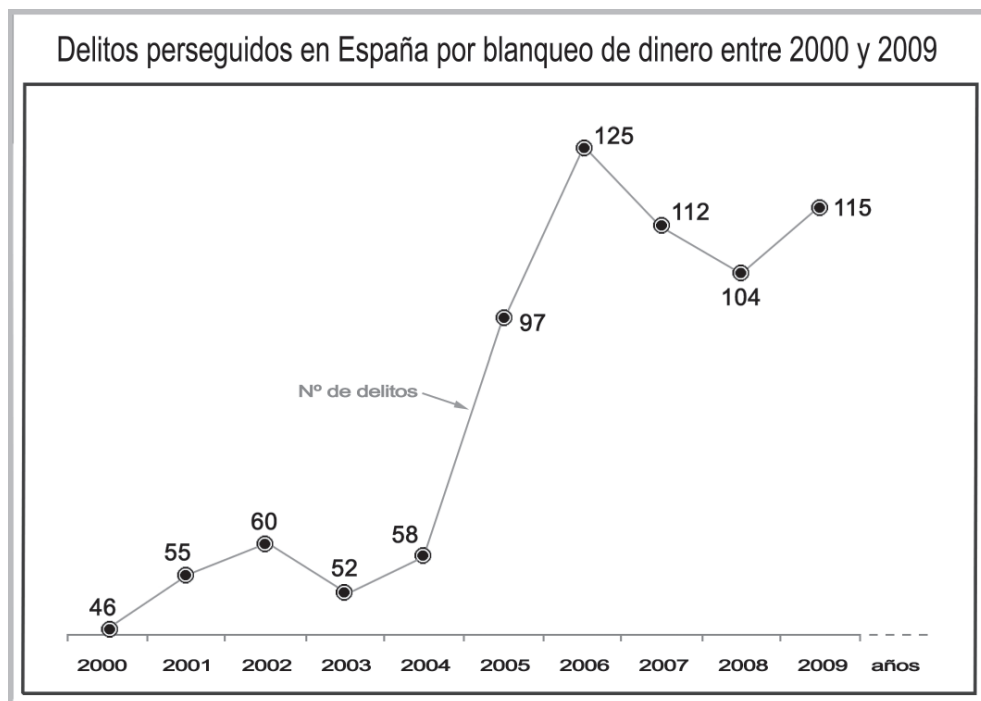


TABLA 1.— Esta gráfica ha sido tomada de «Balance 2009. Evolución de la criminalidad» publicado por el Gabinete de estudios de seguridad interior (Secretaría de Estado de Seguridad, Ministerio del Interior, España).

con América Latina. Tanto el subcontinente americano como el norte de África son zonas deprimidas económicamente en las que se producen drogas con alta demanda en el mercado europeo.

Por otro lado, el rapidísimo desarrollo económico que se dio en España desde mediados de los años noventa y hasta la crisis de 2008, hizo que a nuestro país llegaran casi cuatro millones y medio de extranjeros entre 2000 y 2007. Esta masa humana —gran parte de la cual entró de forma irregular— incluía en su mayoría personas ansiosas de labrarse un porvenir en paz, pero también elementos con tendencia al dinero fácil, que fueron captados por las mafias de sus países de origen. Los datos del Ministerio del Interior sobre el número de delincuentes detenidos en la última década, reflejan el aumento de la criminalidad organizada en España. Así, en 1999 el porcentaje de detenidos por cada 100.000 habitantes era del 4,8 y alcanzaba el 11,11 en 2007.

Entre los arrestados figuran numerosos mafiosos italianos, especialmente camorristas. Aunque, como el propio Forgione reconoce en su libro, *Mafia Export*, los verdaderos dueños del tráfico de cocaína con destino a los mercados europeos y estadouni-

denses, son ahora los mafiosos calabreses, gracias a los lazos de «colaboración» que han sabido establecer con los clanes colombianos. Forgione asegura que el negocio de drogas representa en su conjunto para las mafias italianas unos ingresos anuales de unos 130.000 millones de euros.

Irlandeses y judíos reclaman su parte

Esa masa descomunal de dinero vuelve a situar al crimen organizado en Italia por delante de los negocios de la mafia italo-americana, creada a su sombra. Pese a su fama, no es la única que prosperó en EEUU. Una de las comunidades más numerosas en la América de principios del siglo XX, la irlandesa, estableció también su propia criminalidad organizada. El cine, interesado siempre en los ambientes marginales, ha retratado a la perfección no sólo el ascenso de los padrinos italianos en América, sino las luchas de las mafias irlandesas (baste recordar la película *Road to Perdition*, interpretada por Paul Newman), o de la impresionante batalla que se desarrolló en el siglo XIX en ciudades como Nueva York, donde se concentró el grueso de la inmigración europea, por la supremacía en el control de los negocios del juego, la prostitución, o de la actividad portuaria (*Gánsteres en Nueva York*, la película de Martin Scorsese aborda crudamente este tema).

Como ocurre con frecuencia, fue una prohibición, la de consumir alcohol de elevada graduación (*Ley Seca*), implantada en EEUU entre 1919 y 1933, la que sentó las bases del crimen organizado en ese país y dio ejemplo al mundo. Mientras estuvo vigente, generó dos mil millones de dólares de dinero negro y acrecentó el poder y la riqueza de las mafias irlandesa, judía e italiana. En pequeña escala, desarrolló un negocio similar al que existe hoy en todo el mundo con las drogas ilegales (desde el hachís, a la marihuana, la cocaína, la heroína o las drogas sintéticas).

En esta etapa se produjeron las primeras corporaciones mafiosas dignas de ese nombre. Las bandas se vieron obligadas a colaborar entre sí, y con grupos mafiosos internacionales para importar las bebidas alcohólicas que en EEUU dejaron de producirse y destilarse. Necesitaban crear auténticas empresas capaces de transportar, ocultar, almacenar, distribuir y vender ese alcohol, y para ello precisaban de la colaboración no sólo de matones y guardianes de la mercancía, así como de transportistas y chóferes, sino de la protección de policías y políticos corruptos, además de contables y auténticos expertos comerciales. De forma que estos vastos grupos criminales se reunían periódicamente para estudiar la situación de los negocios y hacer cambios en el organigrama cuando una caída o un golpe así lo exigía.

Los consejeros delegados de estas grandes corporaciones serán los famosos gánsteres de los años 20 y 30, retratados en la literatura de la época y reflejados en el cine. Tipos implacables, como los judíos Ducht Schultz (retratado por el escritor William Borrough), Benjamín Siegle y Meyer Lansky. Aunque su fama internacional no llegó a ser nunca tan amplia como la de los italo-americanos Lucky (Charly) Luciano (en realidad Salvatore Lucania) y Alphonse «Al» Capone.

Las organizaciones orientales

Las organizaciones criminales no se circunscriben, obviamente, a Occidente. La *yakuza* japonesa, heredera vagamente de los samuráis, surge en el siglo XVII y hoy día impera en Japón, donde existen cuatro principales clanes con miles de «soldados». Aunque en los años noventa del siglo XX nuevas leyes limitaron su actividad, la *yakuza* funciona con sorprendente claridad en la sociedad japonesa. Se anuncia en Internet, tiene sede social y se ha introducido en la política de este enigmático país. Es reclamada por los ciudadanos con litigios pendientes; para que les ayuden a cobrar deudas; o resuelvan causas judiciales que en Japón, donde se limita mucho la acción de los abogados en aras de una armonía social inviolable, tienden a quedar pendientes. La *yakuza* controla tradicionalmente los negocios de la prostitución y de las anfetaminas, una verdadera lacra en el Japón actual, además del importantísimo negocio inmobiliario. Tras el terremoto y el tsunami del 11 de marzo pasado, la *yakuza* se movilizó como una ONG y envió millones de yenes a las zonas destruidas del noreste del país.

También se remontan a varios siglos atrás los orígenes de las *triadas* chinas, aunque fueran bautizadas con ese nombre por un profesor inglés del siglo XIX. Mao Ze Dong utilizó el inestimable poder de estas organizaciones para derrotar a Chang Kai Shek en la guerra civil que propició el triunfo comunista. Una vez instalado en el poder, Mao impidió las actividades de estas organizaciones criminales que quedaron confinadas a Hong Kong, Taiwán y Macao. Las *triadas* mantuvieron un floreciente negocio de tráfico de heroína con destino a los soldados estadounidenses en la guerra de Vietnam. La apertura económica auspiciada por Deng Xiao Ping, a partir de 1980 dio ocasión a algunos empresarios chinos para tomar contacto con estas organizaciones criminales. Así comenzó a abrirse paso el tráfico de heroína que, procedente de Tailandia, Laos, Birmania, llegará a los mercados internacionales atravesando China continental. Las autoridades chinas reprimirán después este tráfico debido a los estragos que causa en el propio país, pero las redes seguirán operando con otros productos, como las anfetaminas.

A día de hoy, las *triadas* chinas manejan vastos negocios que van desde los tradicionales (tráfico de drogas, prostitución, tráfico de órganos humanos y de armas) a la protección de hombres de negocios y blanqueo de dinero a través de negocios legales (restaurantes, fábricas y tiendas de todo tipo). En España, donde existe una pujante comunidad china, se registran periódicamente ajustes de cuentas entre diferentes familias ligados a los intereses de esas organizaciones.

Los carteles latinoamericanos

Existe otra modalidad extraordinariamente pujante del crimen organizado: los carteles de la droga de Latinoamérica. En el siglo XX Colombia pone en pie la mayor industria ligada a la cocaína que se ha conocido en el mundo. El país está bien situado entre los

productores (Bolivia, Perú) y los consumidores: EEUU, donde la cocaína se convierte en la droga preferida de una gigantesca porción de la sociedad. La pasta de coca, convertida en cocaína por los colombianos, llegará también a Europa. Los carteles colombianos de Medellín y Cali se convertirán en formidables organizaciones dedicadas a la fabricación y comercialización de la cocaína (y en menor escala de marihuana y heroína), durante los años noventa. Esa «década prodigiosa», que causará estragos en el país, donde también la guerrilla de las FARC se implicará en el negocio, dará paso a un cierto declive del negocio colombiano, aunque los traficantes de este país todavía mantienen una buena posición en el negocio mundial de esta sustancia.

En los últimos años, los carteles mexicanos han logrado obtener ganancias anuales de 25.000 a 30.000 millones de dólares con el tráfico de drogas. Parte de ese dinero va a pagar la materia prima, en el caso de la coca, pero los mexicanos también son grandes suministradores de marihuana y anfetaminas a sus vecinos del Norte. La materia prima para fabricar estas pastillas la traen de China. Toda una demostración de hasta qué punto funciona bien el negocio internacional de las mafias. Los principales carteles mexicanos son los de Sinaloa, Tijuana, Suárez, Sonora y el Golfo. La guerra contra ellos, iniciada en 2006 por el presidente Felipe Calderón, hasta ahora ha tenido el efecto perverso de incrementar monstruosamente la violencia en algunos estados y ciudades (un caso especial es el de Ciudad Juárez), donde se libran simultáneamente dos guerras: la batalla interna de los «narcos» por quedarse con las mejores rutas de transporte de drogas a EEUU, y la que libran en su conjunto contra el Estado Mexicano.

Con todo, el modelo de crimen organizado que caracteriza a nuestro tiempo está encarnado con mayor fidelidad por las nuevas mafias de los países surgidos tras el colapso de la Unión Soviética y Yugoslavia. La extinta URSS quedó dividida en quince países, mientras la antigua Yugoslavia dio lugar a otros siete, todos ellos golpeados en sus débiles cimientos por la poderosa marea de la globalización. Se crearon así, muchas veces desde el poder, surgido en guerras irregulares, sin frentes ni batallas, verdaderas corporaciones mafiosas que conectaron de inmediato con las grandes corporaciones mafiosas del mundo, y hoy operan con el apoyo de las nuevas instituciones. En el caso de los Balcanes, las guerras establecieron un poder mafioso en la mayoría de los nuevos estados y la zona se convirtió en el epicentro de la delincuencia organizada de Europa. A título de curiosidad, en el año 2000 la mitad de la población en edad laboral de los países balcánicos estaba implicada en algún tipo de tráfico ilegal.

El auge de las mafias locales en la antigua URSS y en los Balcanes pone claramente de manifiesto hasta qué punto el fenómeno del crimen organizado está asociado decisivamente a Estados mal organizados, que no ofrecen un marco de justicia ni de desarrollo económico a sus habitantes. Estados en los que la corrupción campa a sus anchas, donde escasea el trabajo justamente remunerado y donde no se castiga a los criminales.

Naturalmente, una vez que una mafia se consolida y va adquiriendo más poder, aumenta su capacidad de corromper a la sociedad de la que surge y a la clase política que la dirige. El fenómeno de la globalización, que ha debilitado enormemente las fronteras y ha hecho posible que ciudadanos de un país se instalen en otro con cierta facilidad

(lo que ha permitido el desarrollo del tráfico de inmigrantes), ha permitido también que la movilidad de las mafias sea mucho mayor. Lo hemos visto con los inmigrantes irlandeses o italianos en EEUU, pero ocurre otro tanto con los inmigrantes turcos o albaneses en Alemania, Suiza, Italia y Grecia. Una vez que una comunidad se instala en un país, inmediatamente tiene unas necesidades que cubrir y las mafias compatriotas llegan en su ayuda para resolverlas.

Una realidad inquietante

Ahora bien, ¿cuál es el grado de comunicación entre mundo mafioso y mundo legal? ¿Cuánto dinero de origen oscuro, una vez «lavado» y reciclado pasa a la economía limpia? Basta observar con qué naturalidad los exdictadores y grandes traficantes de armas han protegido sus ganancias ilícitas en bancos suizos de alta seguridad, o en bancos de cualquier paraíso fiscal de los que funcionan en el mundo.

Es sabido que la mafia siciliana obtuvo protección de la Democracia Cristiana italiana a cambio de favores. Que se llevó espléndidamente bien con los aliados que desembarcaron en Sicilia, y que ha trocado sus violentos métodos de implantación por los más pacíficos derivados de acuerdos puntuales con las fuerzas del orden. Parte del dinero sucio obtenido con la extorsión, la explotación de la prostitución o el tráfico de drogas, ha servido para financiar, por ejemplo, la moda milanesa, o los negocios más variados.

De la misma manera, el dinero sucio colocado por mafiosos o dictadores de todo pelaje (también por instituciones perfectamente decentes que sólo aspiran a evadir impuestos) en paraísos fiscales, va a «engrasar» los mecanismos de funcionamiento de las plazas financieras más importantes del mundo. Las relaciones de la City de Londres, un emporio que empuja la economía de todo un país, con los paraísos fiscales colocados vagamente bajo la Corona Británica, es uno de los ejemplos más claros.

Lo cuenta el experto Nicholas Shaxson en su libro *Treasure Islands: Tax havens and the men who stole the World* (Londres: Bodley Head, 2011), en el que analiza a fondo los mecanismos que imperan en estos territorios que van de las islas del Canal de la Mancha (Jersey, Guernesey y la Isla de Man), hasta las Islas Caimán, muy lejos de la Gran Bretaña. Según Shaxson, todas estas plazas por donde pasa gran parte de la riqueza del mundo y los bienes que guarda la banca mundial están conectadas con la City de Londres. Por eso, pese a las críticas periódicas, se tolera el funcionamiento en los márgenes de la legalidad de los paraísos fiscales, porque son una especie de vía de escape aceptada para la actividad legal, una especie de puerta trasera del negocio legal.

En estos paraísos, legalidad e ilegalidad se juntan y, pese a los muchos intentos de acabar con estos territorios donde no se pagan impuestos y donde se guarda dinero a buen recaudo con la garantía de total opacidad, no solo gozan de buena salud, sino que están creciendo. En el caso británico, la tela de araña que se extiende a lo largo de 14 territorios situados bajo la Corona británica, de Jersey a Gibraltar, capta dinero en todas las latitudes del mundo y ese dinero acaba pasando de una u otra forma por la

City. En las sedes bancarias de estas remotas o cercanas localidades, pulcros especialistas financieros manejan el dinero mafioso, con la misma entrega que si se tratara de los ahorros de honrados padres de familia. Una idea del dinero que se mueve en estos paraísos *made in Britain* nos la da Shaxson al hacer un cálculo del dinero que manejan las tres islas del Canal y que en el segundo cuatrimestre de 2009 ascendió a 333.000 millones de dólares. Nadie llamará mafioso al rico que guarda en estos paraísos una fortuna de origen desconocido. Pero el sistema es la clave para entender el funcionamiento de las corporaciones mafiosas.